VI.

TENIENTE CORONEL.

SALVACIÓN DEL ARMAMENTO REPUBLICANO.

EN Diciembre de 1859, y el mismo día en que un hábil cirujano logró extraer el proyectil que durante veinte meses había tenido alojado en las masas musculares de la región lumbar, el Teniente Coronel Díaz recibió del Gobierno de Juárez, órdenes terminantes para conducir á todo trance un cargamento de materiales de guerra, que desembarcado en Minatitlán, debería ser llevado al puerto de Ventosa, y de allí consignado al General D. Juan Álvarez, que sostenía tenazmente la causa republicana en el Estado de Guerrero.

«A fines de 1859, el cirujano de un buque de guerra de los Estados Unidos, que llegó á La Ventosa, me extrajo la bala que me hirió en la acción de Ixcapa. El mismo día de esa operación, recibí pliegos del Gobierno Federal, residente entónces en Veracruz, y los cuales había conducido el Comandante de escuadrón D. Mariano Viaña, en que se me prevenía que escoltara y condujera, desde Minatitlán hasta el puerto de Ventosa, un armamento de ocho mil fusiles, algunas carabinas y sables, muchas municiones labradas, 2,000 cuñetes de pólvora á granel y muchos quintales de plomo en lingotes, consignado todo al General D. Juan Álvarez, y de cuyo convoy era sobrecargo el General D. José M. Pérez Hernández. Al día siguiente me levanté de la cama, monté á caballo y marché para Minatitlán, pues la ur-

gencia del servicio no me permitió esperar al restablecimiento de la herida que había sufrido el día anterior, con motivo de la extracción de la bala, y un día más de detención habría ocasionado la pérdida del cargamento....

«El Gobierno reaccionario tuvo noticia del envío de esas armas, y mandó fuerzas de Orizaba y Córdova, á las órdenes del Coronel D. Juan Argüelles, para interceptarlas. Los sublevados de Tehuantepec se movieron también con el propósito de asaltar el convoy. Tuve noticia de esos movimientos, y una vez que llegué al río de la Puerta, me alarmé al ver que en aquellas vías pluviales, únicas para poder llegar á Minatitlán, á la sazón no se encontraba más que una pequeña canoa.... Entré en la canoa, acompañado del Teniente Coronel Pedro Gallegos y de nuestros dos asistentes, sin ningún boga y sin que ninguno de nosotros supiera remar. Llevado por la corriente del río de la Puerta, que es impetuoso, esquivando las rocas para no estrellarnos en ellas, llegamos al río Coatzacoalcos, y después de muchas dificultades y de habernos destrozado las manos haciendo el trabajo de bogas novicios, arribamos, por fin, al Súchil, donde por fortuna estaba un americano, Mr. Woolff, capitán de un vapor que tenía necesidad de ir á Minatitlán.

«Nos sirvió de patrón, y por él adiestrados, seguimos nuestro nuevo oficio de bogas. Tras duras fatigas pudimos llegar á Minatitlán, en los momentos en que la columna enemiga, procedente de Orizaba, se encontraba á diez leguas de aquella ciudad y en que la goleta que conducía las municiones y pólvora estaba fondeada á medio río....

(Una parte del cargamento de material de guerra venía en la goleta á que se refiere el Sr. Gral. Díaz; pero la otra parte no debería llegar sino hasta el siguiente día, en el Vapor «Habana,» lo que, dadas las circunstancias, complicaba la peligrosa operación del transbordo).

«Sostuve toda la noche y parte del día siguiente, la falsa situación, mientras duró el transbordo de la goleta al «Súchil,» vapor de poco calado y que podía subir el río, y el cual, en esos momentos (á poco de la llegada), me prestó la Compañía Louisiana de Tehuantepec. Con él hice mi primer viaje, con carga, volviendo al lugar que antes toqué, llamado también Súchil, y de donde el vapor expresado tomaba el nombre. Por mi orden habían llegado ya á tal punto mis soldados, abriéndose paso á machete entre los bejucales y vadeando pantanos de la ribera. Arribé, pues, allí; puse tropa á bordo y regresé en aptitud de combatir á Minatitlán, en donde cargué de nuevo la embarcación, única de que disponía, haciendo el transbordo del vapor

«Habana,» que terminé tranquilo para ejecutar un nuevo viaje. De este modo quedó burlado el amenazante golpe intentado por la fuerza que se moviera de Orizaba.

«Había mandado preparar, y hallé preparadas efectivamente, mil mulas procedentes de San Juan Guichicovi y otros pueblos de MIGES, pertenecientes al Departamento de Tehuantepec, y que eran amigos míos; pero las mulas de los indios no tienen aparejos, sino dos rollos de zacate que les ponen en el lomo, según su costumbre, para conducir sus pequeños fardos, lo cual hacía difícil cargarlas con grandes cajas de veinte fusiles. Entonces, con madera y clavos, facilitados por la Compañía Louisiana que antes he mencionado, y con tablas y cepos de las cajas grandes, haciendo uso de los carpinteros que había entre mis soldados, me puse á formar nuevos empaques de diez fusiles.

«Emprendí, por fin, la marcha con el convoy, de Súchil á Tehuantepec, verificando jornadas muy cortas, por los tiroteos que sostenía diariamente con el enemigo y las precauciones que era necesario tomar en tan penoso viaje, hasta llegar al llano de Saravia, en donde ya las autoridades juchitecas me habían situado más de doscientas carretas tiradas por bueyes, que hacían más cómodo el transporte y más defendible el convoy. Por otra parte, la Compañía Louisiana me había facilitado veinte de sus guayines, que aproveché como carros.

«Así llegué, sin novedad, á Tehuantepec, para proseguir después, como me fuera posible, al puerto de Ventosa, adonde había mandado avanzar una comisión que me diera aviso inmediato de la llegada del buque en que el cargamento tendría que ser remitido al General Álvarez y cuyo buque habíaseme anunciado.

«Entretanto, habían ocurrido sucesos trascendentales en el Estado. (La completa derrota del jefe liberal, Ignacio Mejía, por las fuerzas reaccionarias en Teotitlán).

«Cobos ocupó por segunda vez á Oaxaca, y el Gobierno liberal del Estado se retiró de nuevo á la Sierra de Ixtlán.... Luego, Cobos envió una columna sobre Tehuantepec, á las órdenes del General Alarcón. (A ellas se unieron numerosas fuerzas reaccionarias, que llegaban ya á Jalapa, á unas diez leguas de Tehuantepec).

«Yo ignoraba por completo lo que había pasado en el interior del Estado y sus fronteras; y de improviso, sin antecedentes, cuando apenas volvía de Minatitlán, fuí sorprendido con la noticia de que el General Alarcón, con una fuerza procedente de Oaxaca, había pernoctado en Jalapa y pedía cuarteles en la Mixtequilla, distante dos leguas de

Tehuantepec, y de que el Coronel Eustaquio Manzano, jefe de las fuerzas procedentes de Pochutla, sublevadas contra el Gobierno, unido á Ignacio Ojeda y Manuel Santibáñez, que mandaban á los tehuantepecanos sublevados, llegaba á la hacienda de Zuleta, distante cinco leguas al Sur de Tehuantepec.

«Estaba indicada mi marcha definitiva hacia Juchitán; pero no podía improvisar medios de transporte para el armamento que tenía, porque no había en la ciudad de Tehuantepec sino cincuenta ó sesenta carretas.

«Pedí por extraordinario, á Juchitán, todas las disponibles, y fuerzas que me ayudaran á defender el convoy, y mientras llegaba lo pedido, comencé á acarrear dicho convoy con los pocos elementos con que contaba, hasta el barrio amigo de San Blas, en los suburbios de Tehuantepec, en camino para Juchitán, y establecí allí mi campamento, en previsión de lo que pudiera ocurrir.»

«Al día siguiente recibí un auxilio de cerca de 200 carretas, con las que pude mover mi convoy hasta Juchitán. Para ocultar su marcha, hice una gran brecha, por donde me interné al monte hasta lo más espeso de la arboleda, cubriéndola en seguida con nueva tala de grandes árboles, cuya remoción demandaba mucho tiempo y trabajo.»

En Juchitán, pudo Porfirio Díaz organizar un batallón de juchitecos, el batallón «Independencia,» con el cual se propuso recuperar Tehuantepec, que estaba amagado por Alarcón, Trujeque y algunos otros jefes reaccionarios.

Éstos, creyendo que Porfirio había minado las posiciones del centro al retirarse, permanecieron en los barrios de Santa María de Areu y Santa María de Tagolaba.

Bien sabía el Comandante que los juchitecos eran insubordinados, que acostumbraban embriagarse más que de ordinario, cuando salían de sus terrenos para ir á combatir en otra parte, y que en sus marchas cometían toda clase de excesos. Para evitar que en esta vez los cometieran, no les comunicó la decisión que había tomado de regresar hasta Tehuantepec y recobrarlo.

Aprovechó la hora en que su batallón hacía ejercicio en un campo de instrucción que él había establecido para adiestrarle en las maniobras, y dando de improviso orden de marcha á los soldados, tomó el rumbo del puerto de Ventosa, haciendo un largo rodeo por el camino del Monte Grande, desconocido para ellos, y llevó su batallón hasta Tehuantepec. Antes de que los juchitecos pudieran darse cuenta

del rumbo que llevaban, se encontraron precisamente á retaguardia de los barrios que había ocupado el enemigo.

Una avanzada de los reaccionarios vigilaba el camino. Al descubrir su fogata, el Comandante Díaz echó pie á tierra, y dejando el caballo al cuidado de su columna, se internó cautelosamente, en un sembrado de maíz que ocultaba su marcha, acompañado por cuatro escogidos oficiales; llegó, sin ser sentido, hasta el puesto de vigilancia, que sorprendió sin disparar un solo tiro, haciendo prisioneros, sin que pudiera escapar uno solo, á los hombres que lo formaban.

Pero toda la fuerza de Trujeque se encontraba en el camino directo de Juchitán á Tehuantepec, por donde esperaba el ataque, y el grueso de la infantería estaba concentrado entre el cerro de la Cueva y el de Tagolaba. El Comandante dividió su fuerza, organizando dos columnas de ataque, una para cada cerro, dejando la reserva suficiente para atacar el cuartel enemigo, situado en la Plaza de Santa María.

Habíase convenido que el toque reglamentario de diana de las bandas enemigas, sirviese de señal para empezar el asalto.

«El enemigo no ocupó Tehuantepec, al tener noticia de mi retirada, porque se decía que yo había minado el convento, lo cual era verosímil, pues se sabía que podía disponer de gran cantidad de pólvora; y mientras practicó, con fuerzas de vanguardia, los reconocimientos respectivos sobre mis posiciones ya abandonadas, permaneció con el grueso de la columna en los barrios de Santa María Reu y Santa María Tagolaba. Creo que también tuvo en cuenta, para no acuartelarse en la ciudad, la ventaja de dejar el río interpuesto entre él y nosotros, pues de otro modo habría quedado á su retaguardia ese río.

«Estando en el campo inmediato á la población, adonde aparentemente salí con toda la fuerza á dar instrucción, emprendí de improviso la marcha hacia el puerto de Ventosa, por el camino llamado del Monte Grande, por donde podía llegar á Tehuantepec, sin descubrir mi dirección y mi intención, ni á mi propia tropa, aunque teniendo que hacer un gran rodeo.

«Marché en la dirección indicada, hasta cortar el camino que conduce de Tehuantepec á Ventosa, y por él proseguí hacia aquella ciudad. El río, que estaba crecido, dificultaba al enemigo el paso á la misma; y para llamar fuertemente su atención, á fin de que no pudiera sentir la maniobra que yo ejecutaba por su retaguardia, había situado á su frente, un poco al flanco, río de por medio, en un lugar que se llama Portillo de San Blas, una fuerza de *san-blaseños* que lo tiroteara durante la noche, víspera del asalto que yo tenía proyecta-

do, no obstante que su fuerza de vanguardia podía cortar á esos tiradores.

«En la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, llegué ante la primera avanzada contraria, establecida en el camino para la Ventosa. Cuando de lejos descubrí su fogata, dejé mi caballo en el camino con la columna, y acompañado de algunos oficiales, notables por su audacia, me interné á pie, sigilosamente, por un sembrado de maíz que nos cubría bien, hasta llegar adonde estaban los hombres que formaban el puesto de vigilancia, á quienes sorprendimos por completo, sin disparar un solo tiro y sin que se pusiera á salvo ninguno de los que lo componían. Así era necesario, pues si alguno hubiera escapado ó si se hubiera hecho un disparo, no habría sido posible obtener el éxito en un asalto sobre tropas más fuertes en número, y á las que había que dominar por medio de una sorpresa á fondo.

«Estaba tan confiado el enemigo de que, en caso de atacarle, vendríamos por el camino directo de Juchitán á Tehuantepec, que tenía en él una avanzada con una fuerte patrulla de caballería, á más de tres leguas de Tehuantepec; es decir, que su avanzada se encontraba más cerca de Juchitán que de aquel punto, pues llegaba hasta la laguna de «Las Ciruelas,» que le servía de defensa.

«Por lo que toca á la situación de sus fuerzas, el núcleo principal de su Infantería estaba en una casa situada frente á la plaza del barrio de Santa María Reu; otra fuerza considerable ocupaba el cerro inmediato de la Cueva, y otra el de Tagolaba, en el barrio de este nombre.

«Formé una columna, que debía atacar el cerro de Tagolaba, á las órdenes del Capitán D. Francisco Cortés; otra que atacara el cerro de la Cueva, al mando del Teniente Coronel Gallegos, y me quedé con fuerza suficiente para atacar personalmente el cuartel de la plaza de Santa María. Las columnas asaltantes de los cerros de la Cueva y Tagolaba, debían moverse cuando oyeran los primeros tiros de mi columna, que habrían de ejecutar el asalto al toque reglamentario de diana que dieran las bandas del enemigo. Situé mi columna sigilosamente, prevalido de las tinieblas, á pocos metros de la plaza, y moví las otras dos á sus respectivos destinos, para que quedasen en espera de la señal convenida.

«Al amanecer se oyó el toque de llamada de banda; y cuando ésta formaba frente á la puerta del citado cuartel y comenzó á tocar diana, avancé rápidamente con mi columna por una de las bocacalles

que parten de la plaza, y entré al cuartel antes de que dicha banda pudiera replegarse y dar aviso de lo que ocurría en el exterior.

«La sorpresa fué tan completa, que tropezamos, al hacer nuestro avance, con los cuerpos de los hombres de la guardia, acostados aún en el zaguán, y de la misma manera sorprendimos en seguida á las compañías en las cuadras.

«Después de un fuego que no duraría media hora, el cuartel era mío, y pude proteger á la columna del Capitán Cortés, que descendía ya del cerro, por haber sido herido su jefe, y mandé proteger también al Teniente Coronel Gallegos, que consumaba la ocupación del cerro de la Cueva.

«Ocupadas así todas las posiciones, y cuando me parecía que ya no había con quien combatir, llegó el Coronel Trujeque, que había salido del acantonamiento, con su cuerpo de caballería, á hacer un reconocimiento hacia Juchitán; oyó el ruido de la refriega, y como no sabía lo que pasaba, corre á los puntos donde antes dejó fuerza amiga, y así se ve frente á nosotros, que lo recibimos con vivísimos fuegos, haciéndole volver caras á toda rienda, rumbo á Oaxaca, sin que pudiera ser perseguido sino en corta distancia, porque en nuestras fuerzas no había ninguna tropa montada.

«El enemigo quedó completamente derrotado, sin embargo de que su fuerza era de más de setecientos hombres, y la que me sirvió para atacarlo, apenas llegaba á trescientos setenta, incluyendo la de San Blas, que lo tiroteó durante la noche, y que al formalizarse el asalto, bravamente pasó el río y tomó parte en él.*

---

* BRIGADA MIXTA.

—

COMANDANTE EN JEFE.

Impuesto con satisfacción, y se le felicita, lo mismo que á los oficiales.

EXMO. SEÑOR:

Con esta fecha digo al Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, lo que sigue:

Antier, á las diez del día, he recibido parte oficial del Capitán D. Mariano Gallegos, Jefe de la Sección de observación sobre Tehuantepec, en que me participa que el enemigo, en número de seis á setecientos hombres de infantería, y cien caballos, había ocupado aquella Plaza el día anterior.

En el momento dispuse una Sección en número de trescientos cuarenta y

«Después de esa victoria, en los guayines de la Compañía Louisiana conduje á los heridos á Juchitán, por no haber en Tehuantepec elementos para curarlos, pues la ciudad estaba casi desierta.» (Memorias).

Este distinguido hecho de armas valió al asaltante un considerable botín de guerra, en el que se contaban cerca de 700 fusiles, y el ascenso á Coronel de la Guardia Nacional, cuyo despacho le expidió el Sr. Juárez.

Tres días después del brillante combate, se recibió la noticia de que el vapor que debería conducir el material de guerra destinado al General Álvarez, estaba ya á la vista en el puerto de Ventosa.

---

dos infantes, pertenecientes á los Batallones «2 de Oaxaca,» «Independencia,» «Partida suelta de Juchitán» y «Escolta de Estado Mayor,» y dejando en esta Plaza á mi segundo, el Teniente Coronel D. Pedro Gallegos, con el resto de los mencionados Cuerpos, el Escuadrón Juárez y una pieza de montaña, tomé el mando de la Sección antes mencionada, y con ella me dirigí á Tehuantepec, llevándome de segundo en Jefe al Teniente Coronel Lic. D. Tiburcio Montiel, Mayor General de la Brigada. En los suburbios de Tehuantepec se me incorporó, en la madrugada de ayer, la Sección de observación, compuesta de sesenta *san-blaseños*, y habiéndome informado verbalmente su jefe, de que el enemigo ocupaba, con su infantería, los tres cerritos de Santa María Reu, Tagolaba y Liera, cuyas alturas forman un triángulo y distan entre sí medio tiro de fusil, y que la caballería se hallaba emboscada bajo los fuegos de dichas posiciones, dispuse que la Sección de observación se situase á la derecha del enemigo, en el punto llamado Portillo de San Blas, con orden de tirotearlo desde allí, entretanto yo, con el grueso de la fuerza, pasaba el río á distancia en que no podía ser visto, y cargar sobre él hasta llegar á la bayoneta, cuando sintiese que yo hacía otro tanto por la retaguardia.

Practicada la maniobra, colocados bajo los fuegos del enemigo, y cuando éstos se rompieron, vigorosamente, dí la señal acordada para que el Mayor del 2º Batallón, Capitán D. Francisco Cortés, con una columna de ochenta hombres, acometiese á paso veloz al cerro de Tagolaba, sirviendo la misma señal para que el Comandante de la Partida suelta, Capitán D. Cosme Gómez, con igual número y en los mismos términos, lo hiciese sobre el de Santa María Rue, á la vez que la Sección de observación efectuaba la orden arriba indicada.

Cien hombres del «2 de Oaxaca» y ochenta del «Independencia,» en columna doble y marchando también á paso veloz, cubrían la retaguardia de las dos columnas de asalto.

A los cinco minutos de empezado un rudo y general combate, la última parte de la columna doble, compuesta del «Independencia,» al mando de su Comandante accidental, Capitán D. Apolonio Jiménez, tuvo que dar frente á retaguardia para resistir á la caballería, que, como era de suponerse, atacó bruscamente, mientras el «2 de Oaxaca,» al mando de su jefe accidental, Comandante de Ba-

«Entonces, dice el General Díaz, mandé reunir el número de carretas que se necesitaban para transportarlo, y componer el camino que conduce de Juchitán á Ventosa, por la playa, pasando por la hacienda del Zapotal, y marché para el puerto, en donde embarqué dicho armamento, á cargo de D. José María Romero, hermano del Estadista D. Matías del propio apellido.»

---

tallón, D. Vicente Altamirano, la flanqueó y puso en fuga, en la que fué perseguida más de dos millas por la fuerza del «Independencia,» mientras que el «2 de Oaxaca» tomó á la bayoneta el cerro de Lieza, único en que el enemigo apoyaba aún su última resistencia.

Lo reñido y más interesante de este hecho de armas, que comenzó á las seis de la mañana, duró quince minutos, continuando el tiroteo sobre los fugitivos hasta las ocho y tres cuartos, hora en que ya no fué posible molestar á la caballería, que huyó rumbo á Oaxaca, y la infantería había desaparecido en el Bosque, en completa dispersión, tomando cada uno el rumbo de su país.

Por informes de los prisioneros y por datos de la papelera, tomados al enemigo, me consta que se me han presentado en combate setecientos infantes, procedentes de Oaxaca y Pachuca, entre los que se contaban los *patricios* de Tehuantepec, más cien dragones poblanos, al mando de D. Mariano Trujeque.

El enemigo ha dejado en el campo de batalla diez y siete muertos, de los cuales, tres son jefes ú oficiales, veintinueve fusiles, nueve cajones de parque y demás efectos de guerra que aparecen en el estado adjunto, marcado con el número 1. Cinco prisioneros, oficial uno de ellos, de los que mandé pasar por las armas, en el acto: á éste, por haber sido convencido de su clase, y á otro, por traidor antiguo, Guardia Nacional de Oaxaca, pasado al enemigo.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la pérdida del Subteniente D. José María Martínez y del sargento segundo Lino Sánchez, ambos de Cazadores del 2º Batallón de Oaxaca, y quedan gravemente heridos, el Mayor accidental del 2º Batallón, Capitán D. Francisco Cortés; Subteniente de Granaderos del mismo Cuerpo, D. Mónico Almeida; Subteniente de Partida suelta de Juchitán, D. Miguel López, y cinco individuos de tropa.

No tengo recomendación particular que hacer al Supremo Gobierno, y me limito á manifestarle, por el digno conducto de V. E., que los jefes, oficiales y tropa que concurrieron á la función de armas de ayer, han manifestado, durante ella, que son oaxaqueños y llevan en el corazón la fe de los principios que sostienen.

Lo que transcribo á V. E. para su superior conocimiento y satisfacción, felicitándole por este nuevo triunfo que han alcanzado las armas del Estado.

Protesto á V. E., renovadas, las consideraciones de mi aprecio y respeto.

Dios y Libertad.—Juchitán, Noviembre 26 de 1856.—*Porfirio Díaz.*

Exmo. Señor Gobernador del Estado de Oaxaca.—Donde se halle.